

Domingo XXV del Tiempo Ordinario (18-09-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Antes de comenzar nuestra Homilía, les presento a monseñor Jordi Bertomeu, que es oficial del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, que ha venido a visitar nuestro país y a brindar un curso especializado en el tema de los abusos en la Iglesia; estamos muy agradecidos de la enseñanza que ha hecho en la Universidad Ruiz de Montoya en estos días, ya que nos ha ayudado a comprender muchas cosas que la Iglesia necesita saber para llevar la vida del Señor adelante (lo recibimos con un aplauso).

También recibimos, otra vez, a monseñor Javier Salinas, obispo auxiliar de Valencia, que nos ha acompañado durante todo este mes y que este jueves partirá a Valencia. Lo vamos a tener siempre como un asesor para la educación y la catequesis de nuestra diócesis, y nos va a ayudar siempre, también, en el seminario (un aplauso para él). Hoy día el diácono Caldas que ha leído muy bien, Luis Miguel, nos ha honrado porque ha leído con el “vosotros”, al final, en honor a ustedes, porque aquí se usa el “ustedes”, no “vosotros”. Ya vamos a cambiar eso en la Liturgia, en el futuro, porque tenemos que volver a los modos de hablar. Cuando yo voy a España digo “vosotros”, acá tengo que decir “ustedes”.

Y, también, recibimos a los padres que han acompañado a la juventud durante muchos años y que, ahora, están aquí con nosotros acompañándolos a todos ustedes: el Padre César Oré, el Padre Víctor Chávez y el Padre Pablo Gonzales, que han venido para acompañarlos como delegaciones de los sacerdotes para seguir el camino de la juventud (un aplauso, también, para ellos).

Y un aplauso para todos los jóvenes que nos han venido a visitar...

Hoy día, el Santo Padre, desde el balcón de San Pedro, ha dicho que estamos ante un texto sobre corrupción (Lc. 16, 1-13); y, ciertamente, este administrador es uno que se comporta o realiza actos corruptos: se ha gastado el dinero, se lo ha robado siendo administrador, y su señor le reclama ¿qué ha pasado con la plata? Y este señor, al ver que el administrador no tiene cómo responder, le dice: “Bueno, he sabido que hay malos manejos, así que te vas”. Como todavía quedaba tiempo para el día de la despedida, el administrador empieza a hacer una maniobra: empieza a rebajar las deudas a los distintos deudores en los negocios que él había tenido; y va rebajándoles bastante algunas veces. Lo importante es que él se pregunta: “¿Qué haré si me echan del trabajo? No podré cargar, no podré arar, no podré servir en algo, porque no sé esas cosas. ¿Qué haré? Haré estas rebajas “para ganarme amigos y me reciban en sus casas”. Y dice que el Señor felicitó a este corrupto, simple y llanamente, porque hubo una pizca pequeñita de cambio; cambiar su objetivo del dinero, dinero, dinero, que se adora y se quiere como “mamona” - esa es la palabra que usa aquí, al final el Evangelio-, mamona le llama al dinero, considerado como “dios” dinero al cual se le adora. El administrador, entonces, puede empezar, por lo menos, mínimamente, a cambiar adorando algo más interesante: la amistad.

Y el Papa ha dicho, hoy día, que tenemos que invertir todo lo que tengamos, inclusive, si no somos corruptos, en la amistad, y la amistad social; en velar, justamente por los pequeños, por los que no tienen nada y necesitan que nosotros compartamos nuestra vida, nuestros bienes con ellos.

Ese es el centro de la reconstrucción del mundo que tenemos delante y que, hoy día, ustedes, como jóvenes, empiezan esta semana central para considerar que la vida humana es siempre la posibilidad de una caída, de la cual uno puede levantarse, porque el Señor nos ayuda y, en ese

levantarse, ser testigos como Dios le dijo a Pablo: “Sé testigo de lo que has visto y experimentado”; y todos tenemos esa experiencia de caídas y de levantarse, y mucho más en un país en donde la corrupción nos agarra por cualquier lado y nos hace caer, no solo en corrupcion, sino tambien en pobreza.

Aquí, en el Perú, se “respira” corrupción, y nosotros tenemos que ver la manera de cambiar los objetivos de nuestro país, las orientaciones a las cuales estamos yendo, casi, inconscientemente, porque nos hemos acostumbrado a una manera de ganar dinero fácil en donde se especula y se roba de mil formas, se sobetea, se consiguen influencias, se amarra aquí, se amarra allá, inclusive, quienes podrían ser una esperanza para el país porque dicen que aman a los pobres, empiezan a ver la manera de decir: “bueno, si los otros robaron ¿por qué yo no voy a robar?”. Y eso tenemos que cambiarlo, porque ahí hay una pérdida de norte absoluta, estamos adorando a un dios que no es el Dios de nuestra fe, es el “dios mamona”, el dios dinero. *“No pueden servir a Dios y al dinero a la vez”*, es incompatible con la fe. Lo que no quiere decir que uno no tenga un beneficio y un crecimiento humano debido con algo de dinero; el asunto es cuando lo convertimos en dios, cuando es absoluto, cuando solamente yo y mi dinero son lo que importa y no importan los demás.

Dentro unos días, el día martes, celebraremos la misa por el bicentenario del Congreso de la República. Y, ¿quién fue el primer presidente del Congreso de la República? El que luego va a ser arzobispo de Lima, don Francisco Javier de Luna Pizarro. Y él fue uno, junto con otros sacerdotes de aquella época (todavía eran sacerdotes Toribio Rodríguez de Mendoza y otros), quienes propusieron que en un país donde había tantos intereses y tantas peleas, todos nos centráramos en hacer posible que el bien común se protegiera. El bien común es el bien que nos pertenece a todos y, por lo tanto, cuando uno recibe una responsabilidad,

está llamado a hacer lo que esa responsabilidad lo llama a hacer, y no a jugar con la responsabilidad.

Ustedes, jóvenes, están sufriendo las consecuencias, junto con mucha gente, de esta situación corrupta que vivimos en el país, y que la nueva generación tiene que regenerar, no regenerar la corrupción, regenerar el país a través de la lucha indomitable contra los intereses individualistas, procurando el que haya bien para todos y, especialmente, para los más necesitados y los que más sufren.

Por eso, hoy día, la gran cuestión es cómo construimos la amistad en el mundo, cómo construimos, entre todos nosotros, sobre todo, entre los jóvenes, una nueva manera de relacionarse en donde el interés no es lo principal si no está supeditado al servicio, a la ayuda mutua, a la amistad. Y esa amistad no es la de los amigotes que siempre tenemos, en donde armamos compadrerías y después formamos igual mafias, sino la de los amigos verdaderos que, cuando uno es joven, sabe lo que es; porque cuando uno es joven, tiene mayor capacidad de sentir, de dejarse inspirar, de tal manera que surge en el joven, siempre (en el adolescente, primero, y luego en el jovencito, y luego, el jovencito de la primera etapa del ser mayor), surge esa capacidad de sentir hondamente lo que es ser fiel, lo que es tener un amigo fiel; y surge, también, esa segunda linda institución de la juventud que es el enamoramiento.

Ambas cosas ocurren en vuestra edad, muchachos, y ambas cosas hay que cuidarlas para vivirlas con hondura, porque ellas nos recuerdan lo más hondo que tenemos, que es el amor gratuito. ¿Cómo una amistad va a ser fiel si no es gratuita, si no es considerada con el otro, si no es desinteresada? El enamoramiento siempre tiene algo de búsqueda de “ella es mía”, “él es mío”, pero, simultáneamente, se requiere la libertad y no la imposición, porque nadie se enamora por imposición; y también es la edad de la vocación, en donde nos enamoramos del sentido

que Dios nos ha dado a cada uno según su propia situación, su propio camino, sus propios valores, y el Señor lo va conduciendo y uno se enamora de su vocación también, y obedece a su vocación como también obedece a Dios y a la Palabra de Dios.

El dinero no nos puede dar estas cosas, el dinero ha creado una sociedad mecánica en donde todo se mide, todo se calcula y todo se somete a mi cálculo; y se destruye, entonces, lo más grande que tenemos, que es la humanidad; nuestra humanidad que está hecha para amar y para servir, para considerar a las personas, para respetarlas. Cuántos de ustedes, jóvenes, se quejan de que, a veces, los mayores les imponemos las cosas o les enseñamos la fe a puchitos, por medio de consignas. ¡Eso ya se acabó! Tenemos que expresar lo que sentimos, compartirlo, conversarlo, caminar sinodalmente, como dice el Papa Francisco, porque lo quiere para toda la Iglesia; una Iglesia donde nos expresemos con libertad, nos acompañemos, nos corriamos mutuamente y crezcamos en esa amistad en un camino que la humanidad, hoy día, urge.

Porque toda la humanidad, en este momento, por la crisis económica que empezamos a vivir, vivida en los valores individualistas que adoran al dinero, genera desesperación y odio los unos contra los otros, y nosotros tenemos que ayudar a la humanidad a encontrar el camino, que fue el camino que encontró Jesús, porque vino a mostrarlo. Lo encontró, también, porque en el camino de la historia, Él tenía que aprender muchas cosas, pero, simultáneamente, vino a mostrarlo porque venía de parte del Padre. Es bien interesante que Jesús, sabiendo muchas cosas por el Padre, tiene que traducirlas a la humanidad, aprendiéndolas.

¿Quién le enseñó a Jesús que un remiendo viejo no se pone en una tela nueva? ¿Quién le enseñó? María. No se lo enseñó el Padre, porque esas cosas de la vida diaria, Jesús las aprende en la vida cotidiana, como ustedes aprenden las cosas concretas. Y yo les quería decir eso porque, en este

momento, necesitamos aprender muchas cosas nuevas en medio de la adversidad; y para aprender esas cosas hay que valorar nuestra experiencia, y los jóvenes tienen experiencia y van diciendo ya cosas interesantes que pueden ayudar a salir adelante al mundo.

Hay algo interesante que he escuchado y me ha gustado mucho en esta semana, porque la dije en la clase, en la universidad. Uno de los chicos me dijo: “Y, a ver, usted está diciendo que los viejos tienen grandes refranes y enseñanzas como “haz el bien sin mirar a quién” ... y esas cosas, ¿por qué ha dicho que los jóvenes también tenemos nuestros dichos? A ver ¿pónganos un ejemplo?”. Me dejó frío... porque me dije: “Ahora, ¿cómo me acuerdo”. Y me acordé de un dicho.

En la reunión que tuvimos con los chicos de la UNI, una chica se levantó y me dice: “Aquí de todos nosotros, ninguno va a misa; y no vamos a misa, pero nuestra fe no nos la quita nadie”. ¡Qué fuerte!, porque hay chicos universitarios que, es verdad, son más críticos y, a veces, no comprenden ciertas cosas y, mejor, por autenticidad, no van a misa. No van a misa no porque no haya que ir como cristiano, sino porque no entienden, porque nadie les ha explicado realmente lo que es, porque, a veces, no evangelizamos en la Iglesia e imponemos normas que nadie comprende. Es necesario explicar, evangelizar, y es un reclamo. Pero también los jóvenes dijeron “...pero la fe nadie nos la quita”. Allí está un refrán de un joven: “yo no voy a misa, pero la fe nadie me la quita”, un refrán inventado por los jóvenes desde su experiencia, porque se están fijando en las cosas más importantes y no en el dinero, y pueden descubrir un camino distinto de fe que puede ayudar a la Iglesia misma a cambiar.

Es una crítica, pero es una crítica muy positiva, para que aprendamos a hacer de otra manera las cosas, para explicar las cosas bonitas que tenemos en la Iglesia, como la misa, y para abrir las puertas de la Iglesia como lo están haciendo ustedes con la Jornada Arquidiocesana de la Juventud, la

JAJ. La JAJ significa risa, sobre todo, porque de ahí viene Isaac, el hijo de la risa, el hijo de la alegría. Y, por eso, queremos reír en esa fiesta que están preparando ustedes este sábado 24 de septiembre, y que nos vamos a reunir para poder conversar, alegrarnos, celebrar y hacer fiesta de “rompe y raja”, y hacer una experiencia linda porque nuestra Iglesia tiene que ser la casa de todos, y sobre todo... ¡la casa de los jóvenes! Esta Iglesia es para eso. Varias veces la hemos reunido.

Un día quisiera que empecemos aquí, en la Catedral, los sábados, a hacer como hacía el cardenal Martini en Milán, la “Escuela de la Palabra”. Quitamos las bancas, nos sentamos todos en el suelo, compraremos unas esteras, y haremos lectura de la Palabra, para empezar a conversar y a discutir dos o tres horas juntos y, así, a rezar y a caminar juntos recibiendo a todos con el corazón.

Que Dios los bendiga, muchachos. Despídanse, por favor, de la ambición y el dinero siempre, y saluden siempre a la amistad, al cariño y al amor de Dios que es el amor que nos une a todos los humanos.